







***Para amanecer mañana,  
hay que dormir esta noche. Universos  
religiosos cubanos de antecedente africano:  
procesos, situaciones problemáticas,  
expresiones artísticas***

Lázara Menéndez: Editorial UH, La Habana, 2017, 337 pp.

BÁRBARA BEATRIZ LAFFITA MENOCA

Esta compilación, Premio Editorial UH 2016, se acerca científicamente a «procesos, situaciones problemáticas, expresiones artísticas» derivados de la impronta de las prácticas religiosas de origen africano en Cuba. Debe ponderarse el basamento teórico que sustenta sus reflexiones –resaltado en el poético y concienzudo prólogo de la Dra. Margarita Mateo y explicitado en la esclarecedora introducción a cargo de Lázara Menéndez–, ya que coadyuva a una lectura incisiva de zonas generalmente marginalizadas de la cultura cubana. La sagacidad analítica de la autora también se manifiesta en el orden de los textos –publicados con anterioridad en medios especializados o presentados como ponencias, y versionados para esta edición–, ya que desestructura deliberadamente la concepción lineal del tiempo, en aras de arrojar luz sobre especificidades del universo religioso afrocubano. Este ha sido intervenido desde tres líneas fundamentales, las cuales condicionan la división del libro en cuatro bloques temáticos, nombrados con expresiones del sistema oracular dilogún: sutil manera de poner en la palestra una ancestral sabiduría largamente invisibilizada.

En el primer acápite, compuesto por cinco textos, la autora se aproxima a fenómenos concomitantes con la práctica de esas religiones. El primero de los ensayos hurga en las mutaciones que, en el caso de la Regla de Ocha-Ifá, genera el peculiar contexto sociopolítico de los años noventa. Le sucede un amplio e interesante razonamiento en torno a diversos matices de la racialidad en Cuba. Siguiendo un hilo conductor que apuesta por las lecturas entrelíneas –una de ellas la simbiosis religión-racialidad–, se ubica después el informe final de un trabajo de campo llevado a cabo en la barriada de Cayo Hueso en la década de 1970. A continuación, se presenta un detallado estudio del panorama de las tres principales religiones de origen africano en Cuba. Y, por último, un texto a propósito de la exposición colectiva *Altars* (Museum Kunst Palast, Düsseldorf, Alemania, 2001), como diálogo *sui generis* entre arte y religión.

El segundo acápite se dedica a cuatro figuras cimeras de la etno-antropología en Cuba. Primero se incluye el prólogo a la más reciente edición de *Introducción al estudio del arte africano*, de Argeliers León. Las valoraciones en torno a lo que el libro significó en tanto ejercicio crítico, así como otras relacionadas con el «arte africano»,

constituyen un inmejorable preámbulo a los trabajos restantes. Estos se centran en los aportes de Lydia Cabrera –se realiza un análisis de *El Monte*–, Rómulo Lachatañeré –se expone la valía de sus estudios– y Fernando Ortiz –se reflexiona sobre la relevancia de su concepto de «transculturación»–. Es este un enriquecedor viaje de África a Cuba, de lo africano a lo afrocubano.

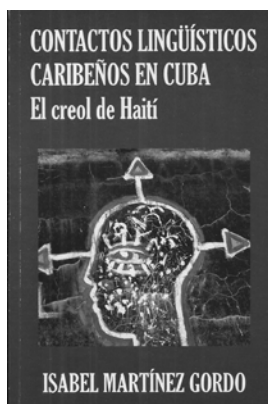
En el penúltimo bloque se aúnan estudios cuyo énfasis radica en los objetos que conforman el universo visual de las creencias afrocubanas y su vínculo con la cotidianidad. Así, los dos primeros trabajos, dedicados a la Regla Ocha-Ifá, develan interesantes carices donde se mezclan aspectos generales de la práctica con las nuevas características, condicionadas por el peculiar contexto de la última década del siglo xx. Uno de los fenómenos generados en esa década es la «yorubización», abordado magistralmente en el tercero de los textos de este bloque. Por último, se incluye el análisis de un caso concreto de sincretismo: el binomio Ochún-Virgen de la Caridad del Cobre.

Para el cierre, se agrupan trabajos que articulan las religiones de origen africano con la cultura visual. En el caso de los tres dedicados a Wifredo Lam resalta el profundo dominio sobre lo que significó su estancia en Cuba en los años cuarenta, así como la recepción de la misma. Por su parte, el ensayo que tiene como eje la producción cinematográfica de Sara Gómez desmonta lugares comunes y examina cómo se manifiestan las religiosidades en *De cierta manera*, película antológica. El escrutinio minucioso de *María Antonia*, pieza teatral de Eugenio Hernández Espinosa, también encuentra cabida en este segmento y le permite a la autora ahondar en aspectos más solapados de la santería. A Manuel Mendive se le dedica un ensayo, donde se aborda su apropiación de la cosmovisión de antecedente yoruba a través del análisis de piezas tempranas y de *performances*. Entretanto, se propone un estudio de la poética de Belkis Ayón a través de dos textos, en los cuales se insertan oportunamente aspectos generales sobre las sociedades secretas abakuá. Cierran el bloque dos textos inéditos: perspicaces consideraciones que trascienden el hecho artístico que las motiva.

Además de por el valioso conocimiento reunido en sus páginas, este libro destaca por otras razones. En primer lugar, por la importancia que se le confiere al testimonio –el del religioso y el de los creadores–, que determina claramente la estructura del discurso en varios de los trabajos compilados. Asimismo, no debe dejar de resaltarse la inteligente selección de imágenes, como amplio diapasón de manifestaciones artísticas y otras relacionadas con las prácticas religiosas en sí. Dicho catálogo –disperso por todo el volumen–, más que complemento, pudiera leerse como un «texto» independiente, en tanto evidencia por sí mismo los derroteros que hacia el interior de la cultura cubana han tomado lo afro, el mestizaje, los imaginarios en torno a la mujer y el hombre negros... Igualmente debe señalarse como otro mérito el esmerado diseño del libro, a cargo de Claudio Sotolongo Menéndez y Norberto Molina Martínez, y como parte de este la inclusión de sugerentes ilustraciones.

Con esta compilación su autora, voz destacada en la investigación de las religiones de antecedente africano, ratifica su dominio de conocimiento, especialmente en el universo de la Regla de Ocha-Ifá –como se desprende de su mayor presencia a lo largo del libro–. Este, y el mundo afrocubano en general, con frecuencia han sido objeto de acercamientos estereotipados y poco analíticos. Por ello, resultan de vital importancia publicaciones como esta, en la cual los aportes de connotados investigadores cubanos en torno al legado africano en la Isla dialogan diáfananamente con postulados procedentes de distintas disciplinas y enfoques teóricos. Con ello se conforma un instrumental metodológico que posibilita el desmontaje de añejos lugares comunes y de prejuicios culturales camuflados y hondamente arraigados en la sociedad cubana. □

Bárbara Beatriz Laffita Menocal (Cuba). Licenciada en Historia del Arte, es profesora de Arte Africano en la Universidad de La Habana. [beatriz@fayl.uh.cu](mailto:beatriz@fayl.uh.cu)



***Contactos lingüísticos caribeños en Cuba.  
El creol de Haití***

Isabel Martínez Gordo: Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana, 2018, 215 pp.

AMANDA DE LA CARIDAD GARCÍA ROCHE

El libro *Contactos lingüísticos caribeños en Cuba. El creol de Haití*, de Isabel Martínez Gordo, recoge una investigación que tiene como eje central el contacto establecido entre el creol haitiano y la variante cubana del español, como consecuencia de diversos procesos migratorios. Se trata de un estudio de amplio alcance, cuyo principal aporte radica en la realización de un análisis, desde el punto de vista lingüístico, de los cantos de las tumbas francesas, que permitió a la autora hallar rastros del creol en el léxico del español de Cuba.

El texto está compuesto por una introducción, tres capítulos, conclusiones y cinco anexos, en los que abundan las referencias histórico-culturales y las indicaciones de fuentes bibliográficas que pueden servir al lector para obtener más información. La introducción y los capítulos se dividen en varias secciones y subsecciones, lo que contribuye a facilitar la comprensión de las cuestiones que en ellos se abordan y, acertadamente, el último párrafo de cada parte constituye el preludeo de la siguiente.

En las palabras al lector que preceden a la introducción, la autora expone el tema del estudio y justifica su elección: de los contactos entre lenguas establecidos

en Cuba, el más antiguo es el del creol, considerado, además, el más significativo tanto cultural como lingüísticamente. Por otro lado, se declara la incursión en la criollística, línea relativamente reciente de la lingüística y apenas conocida en Cuba, particularidad que le confiere novedad y pertinencia a la investigación realizada. En el marco de esta tendencia, se atiende a la distinción entre *pidgins* y lenguas criollas, uno de los fundamentos del estudio, para lo cual la autora se apoya en las palabras del investigador puertorriqueño Luis Ortiz. *Grosso modo*, los *pidgins* se derivan del empleo de un código simplificado que facilita la comunicación entre grupos de personas que no comparten una lengua mutuamente conocida, mientras que las lenguas criollas representan lenguas maternas para los descendientes de aquellos que utilizaban el *pidgin*.

En la introducción, Martínez expone el marco teórico general del estudio. En primer lugar, señala el origen del término «criollo», cuya aparición se reconoce en el siglo xvi; y, en segundo lugar, se refiere a los estudios que se han realizado sobre las lenguas criollas, iniciados en el siglo xix tras el interés despertado por la acepción lingüística del vocablo. Las referencias son cuantiosas: Hugo Schuchardt, conocido como «padre de la criollística», Lucien Adam, Dirk Christian Hesseling, Leonard Bloomfield, Louis Hjemsløv, Salikoko Mufwene y Uriel Weinrich; de manera que la autora construye una plataforma que puede convertirse en la base de investigaciones posteriores dedicadas al tema.

En el primer capítulo, titulado «El Caribe y sus lenguas criollas», Martínez sitúa al lector en un espacio dominado por una asombrosa pluralidad lingüística, fruto de la marcada presencia del fenómeno de la transculturación. Un amplio recorrido histórico le sirve para referirse al surgimiento de las lenguas criollas, especialmente del creol haitiano, y a la marginalización que han sufrido en la región, a pesar de ser las verdaderas y únicas lenguas maternas de sus pueblos, estatus que se deriva de la conformación de sistemas lingüísticos propios que han sido transmitidos de padres a hijos. La autora concluye que el creol haitiano es una manifestación criolla nacida de la mezcla de diversas lenguas que, según los referentes bibliográficos, tiene como base el normando, así como otros dialectos franceses provenientes de Anjou, Picardía, Poitou, Isla de Francia; los estratos arahuaco, español, inglés; y algunas lenguas africanas (gbé, fon, ewe).

Tras la presentación de las lenguas caribeñas en el capítulo primero, Martínez recoge, en el segundo, titulado «Contactos lingüísticos caribeños en Cuba», las particularidades de aquellas que han tenido una presencia considerable en el país. Señala que la Mayor de las Antillas ha sido escenario de asentamientos migratorios diversos del Caribe, condición que ha provocado el establecimiento de contactos lingüísticos. Destaca el del inglés como consecuencia de la llegada al país de jamaicanos y caimaneros, y ofrece un amplio y oportuno listado de ejemplos que permite evidenciar los fenómenos fonético-fonológicos, léxicos y morfosintácticos que acarreó.

Finalmente, la autora arriba al tercer capítulo, en el cual, bajo el título «El creol de Haití en Cuba», aborda el tema que constituye el objeto de estudio de la investigación. Realiza un extenso recorrido histórico en el que subraya los dos momentos migratorios que suscitaron la unión del creol haitiano y el español de Cuba. El primero tuvo lugar entre finales del siglo XVIII e inicios del XIX; el segundo, en el XX. Martínez declara que, para estudiar el alcance que desde el punto de vista lingüístico tuvo el contacto entre las lenguas, llevó a cabo un estudio de la llamada «tumba francesa».<sup>1</sup> De esta manera, presenta, acompañado de ejemplos sumamente ilustrativos, el análisis de una serie de cantos que le permitieron descubrir las huellas del creol en el léxico del español de Cuba, así como apreciar la producción de un proceso de hispanización que afectó la influencia del criollo haitiano y su transmisión generacional. No obstante, afirma que no es posible hablar de la formación de una variante cubana de esta lengua criolla.

Tras este último capítulo Martínez formula, con gran capacidad de síntesis, unas exhaustivas conclusiones, seguidas de esclarecedores anexos que incluyen un repertorio de cantos de las tumbas francesas, un glosario de la tumba francesa que permite apreciar las huellas léxicas de la lengua de esa manifestación en el español de Cuba, vocablos que se incorporaron en el español de Cuba, una serie de ilustraciones y la distribución geográfica de las lenguas criollas.

Isabel Martínez Gordo presenta aquí un estudio muy completo. Aunque se dedica específicamente al contacto establecido entre el creol haitiano y la variante cubana del español, no faltan alusiones al resto de las lenguas que conviven en los territorios insulares del Caribe y al modo en que se han acercado a lo largo de los siglos debido a numerosas circunstancias. Con gran maestría y manejo de un lenguaje accesible a cualquier tipo de público, ubica al lector en un Caribe lingüísticamente diverso, peculiaridad que responde a las características de los procesos históricos y culturales que lo han marcado. Así, logra que este libro se convierta en un referente de obligada consulta para todo aquel que desee acercarse a la cultura o a la historia de la región. □

Amanda de la Caridad García Roche (Cuba). Editora y profesora en la Universidad de La Habana, pertenece al grupo de investigación lingüística Habana, Español Coloquial. [amandagarcia@fayl.uh.cu](mailto:amandagarcia@fayl.uh.cu)

1 La autora refiere que se trata de «antiguas sociedades de ayuda mutua y de recreo que reunían por entonces a los llamados “negros franceses”, denominación que se les dio a los esclavos que imitaban las costumbres de sus amos. Cantaban y bailaban rememorando sus tradiciones al toque de sus tumbas o tambores típicos» (81).



## *Le procès de Dieu*

Roland Paret: Les Éditions du CIDIHCA, Montréal, 2018, 653 pp.

ADRIANA RAMÍREZ

Exégeta persistente de lo haitiano, Madame Ferndale –esposa del cónsul británico– escribe en su libro sobre el país, como si fuera una clave: «Las únicas realidades en Haití son las de las historias». Algo similar le explica el vicario bretón de Cap-Haïtien al recién llegado Obispo, atónito tras su primera impresión de esa tierra. Alguien se pregunta, sin embargo, ¿acaso la realidad no es un poco eso mismo en todas partes? Son algunos personajes de *Le procès de Dieu*, novela del escritor haitiano Roland Paret (Cap-Haïtien, 1943-Montréal, 2019), también guionista y realizador de cine.

Una multitud de secuencias narrativas zigzagueantes se van imantando alrededor de un suceso inaudito: un proceso legal contra Dios. El juicio del Todopoderoso, víctima de una demanda colectiva, mantiene en vilo a todo Cap-Haïtien, que dentro o fuera del tribunal sigue con entusiasmo los pormenores del acontecimiento. ¿Los motivos de la demanda? Los más insólitos, los más burlescos que puedan imaginarse. La confusión aumenta, para mayor consternación de los prelados, que asisten a la corte como representantes de la Santa Iglesia Católica y de Dios, con la presencia de otro Dios; porque, además del suyo, vive en la ciudad uno que responde al mismo nombre, así en mayúscula, amante del ron y de la voluptuosidad femenina. Pero, llegado este momento, habremos ya aprendido a distinguir, como lo hacen sin la menor extrañeza los habitantes de Cap-Haïtien, cuándo se habla de uno y cuándo de otro, o de otros, siempre que el juego de ambigüedades no lo entorpezca ex profeso.

Hay un murmullo hilarante en la novela. Otras voces interrumpen de continuo al narrador, acotan, corrigen, opinan, proscriben los adjetivos y adverbios porque le restan objetividad al relato de los hechos; el narrador reformula la frase, protesta; los personajes se inmiscuyen en la narración con sus comentarios, sus murmuraciones.

Se sospecha que la Santísima Trinidad está detrás de la conspiración urdida contra Dios. Esta trinidad no es la integrada por las tres entidades divinas reunidas en una sola y única esencia, ni nada tiene de santísima; así bautizó la gente de la ciudad a la sociedad ocasional formada por los tres más temidos: Dios-el-Tío, Edmond-el-Pánico (el Sobrino) y el abogado Jobas, encargado de representar a los demandantes de Dios. El detonante aparente es la cruzada contra «la superstición vudú» emprendida por el Obispo. Otras motivaciones más profundas quedan a develar. Los eventos se desatan, vaticinan tragedia, ruedan por una pendiente en carrera desenfundada que prelude el más extravagante desenlace.



Novela total, *El proceso de Dios* agita en torbellino historia, religión, arte, sociedad... Todo sacudido con la irreverencia del apóstata. En la superficie hay un Haití funambulesco, insolente, jubiloso, aberrante para algunos; más adentro está el Haití de la tragedia, que parece condenado a jamás poder desembarazarse de aquello que lo ata a revivir en espiral una historia signada por la adversidad.

Pero no es el de Paret un estilo tendente al patetismo, ni le interesa al autor hacer un inventario de miserias. Solo una vez se permite evocar este Haití con un tono sombrío, desusado en él: «Podemos creer que llegamos al fondo del sufrimiento, del dolor, y entonces descubrimos que podemos sumergirnos todavía más abajo, que debajo de ese fondo que esperábamos fuera el último, el más bajo grado de dolor que podíamos alcanzar, pues bien, ese suelo se hunde, y nos damos cuenta que debajo de él hay otro fondo, y todavía otro, y otro» (143).

Su verdadero estilo es más bien satírico, pasa con total naturalidad de una agudeza filosófica provocadora o de fragmentos puramente ensayísticos a los brotes más peculiares, descabellados o coloquiales del ingenio popular.

Nada, ni divino ni humano, escapa al humor blasfemo del autor, irreverente ante Dios y ante los hombres. Aunque la religión es en apariencia su víctima preferida, lo es solo en su papel de milenaria hipóstasis del poder. Al parecer también el arte es un servidor del poder, según tesis del insondable Edmond-el-Pánico, de inteligencia tan preclara como rebelde. Para Edmond la belleza es una norma a la que es preciso modelarse y fuera de la cual está la fealdad, la exclusión, todo lo que no está acorde a la norma; es, por tanto, parte del sistema de opresión, sea cual sea. Y, siguiendo esta lógica hasta el extremo, concluye: la belleza es, entonces, el Estado. Ideas como esta hacen de él el mismísimo demonio en Cap-Haïtien, la encarnación del mal –como la belleza, el bien y el mal mutan aquí su significado–. No puede evitarse la sospecha de que en el demoniaco Edmond se revela/rebela el Paret más subversivo.

*Le procès de Dieu* da continuidad al mundo y al estilo que el autor había inventado en la saga *Tribunal des Grands Vents*, conformada por los volúmenes *La Convocation des Grands Vents* (1999), por el que recibió el premio Gouverneur de la Rosée du Livre en 2002; *Les Archives des Grands Vents* (2001) y *L'Assemblée des Grands Vents* (2005).

En el universo alucinante que es el Cap-Haïtien de Roland Paret, tan real como fabuloso, donde lo imaginado y lo histórico se confunden, y lo mitológico y lo lógico rivalizan por el dominio de las percepciones, la realidad es la extravagancia. Aunque bien podría argüirse que tal equivalencia solo vale para el forastero; para el nacido en esas tierras, donde aquel ve extravagancia no hay más que la norma, lo habitual. También podría decirse que la propia realidad es territorio en disputa, entre discursos e imaginarios que intentan prevalecer. Al menos esa es la idea que remata la teoría estética de Madame Ferndale: «la realidad es aquella figurada por el imaginario más fuerte, es la imagen impuesta por la voluntad más fuerte». En *Le*

*procès de Dieu* la realidad se jalonea hasta el delirio, los relatos se desacralizan con la parodia y se estremecen así los templos del poder edificados con el triunfo de unas historias sobre otras. □

Adriana Ramírez (Cuba). Profesora y editora en la Universidad de La Habana, donde realiza una investigación doctoral sobre la literatura cubana del siglo XIX. [adrianar@fayl.uh.cu](mailto:adrianar@fayl.uh.cu)



### ***El Gran Caribe***

Alberto Prieto Rozos: Editorial UH, La Habana, 2018, 226 pp.

DANNA PASCUAL MÉNDEZ

Fruto de las investigaciones del Dr. Alberto Prieto Rozos, *El Gran Caribe* nos acerca a la historia de esta área geográfica, de belleza y riqueza natural incomparables y cuya diversidad cultural es sello distintivo de la presencia aborígen, africana, hispana, inglesa, francesa y holandesa, fundamentalmente. En su análisis el autor interconecta dinámicas caribeñas particulares en la construcción de una

identidad que genera en sus pobladores un sentido de pertenencia. El libro comprende un período histórico extenso, que comienza con la presencia de los primeros habitantes –mayas, arahuacos o taínos y caribes– y se extiende hasta el desarrollo de los procesos de integración regional en la contemporaneidad.

Este texto fue publicado por la Editorial UH, de la Universidad de La Habana, y galardonado como Premio Editorial UH en 2017. En sus 226 páginas se muestra un panorama general de la historia caribeña, estructurado en nueve capítulos que se sistematizan de la siguiente forma: «El Caribe originario y su conquista por Europa», «Luchas intercolonialistas en el Caribe», «El siglo XVIII en el turbulento Caribe», «La esclavitud y su abolición en el resto del Caribe», «Inicios de la penetración imperialista», «Ambiciones caribeñas de Estados Unidos», «Rebeldía contra la dominación de Estados Unidos», «La Revolución Cubana y su influjo» y, finalmente, «La integración latinocaribeña».

El autor inicia con un breve análisis sobre el desarrollo socioeconómico de las comunidades que habitaban el territorio antes de 1492, fundamentalmente los mayas, por tener un nivel de desarrollo superior. Sin embargo, el mayor peso del texto recae en el proceso de conquista y colonización, iniciado tras los viajes de Cristóbal Colón.

El libro dedica espacio a las confrontaciones de franceses, ingleses y holandeses contra España, que pusieron en tela de juicio las bulas papales que afirmaban la

hegemonía castellana. En principio la intencionalidad era infringir el rígido monopolio comercial a partir del contrabando ilegal, pero en el siglo xvii comenzó el asentamiento y posterior colonización de los franceses, ingleses y holandeses. Entre estos colonialismos también hubo confrontación; evidencia de ello es la Guerra de los Siete Años, que representó una victoria para Inglaterra mientras Francia perdió sus territorios en Norteamérica y una parte de los que poseía en el Caribe, que pasaron a estar bajo el control inglés. De igual modo, el texto se enfoca en los inicios de la penetración imperialista estadounidense en la segunda mitad del siglo xix.

Otro de los momentos del texto se enmarca en el desarrollo de los procesos independentistas en la zona. Se hace referencia a la Revolución Haitiana, al ser la primera colonia en alcanzar su independencia en 1804. El pensamiento y la acción de Simón Bolívar cobran relevancia en esta obra, no solo por protagonizar el proceso independentista, sino por sus proyectos de integración de la región latino-caribeña.

Por la misma cuerda, Prieto Rozos detalla los procesos independentistas de Cuba y Puerto Rico en la segunda mitad del siglo xix. En el caso de la Mayor de las Antillas, el autor señala cómo se sumaron al conflicto hispano cubano iniciado en 1895 las apetencias imperialistas de los Estados Unidos. La victoria ante España garantizó la hegemonía estadounidense en la región, que se acrecentó luego de la firma del Tratado de París en 1898.

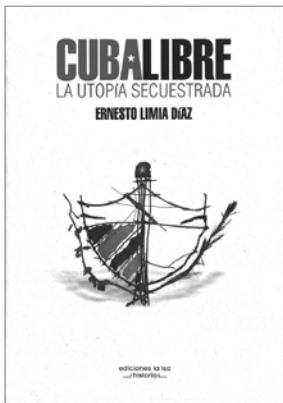
Por su significación en el contexto latinoamericano, el triunfo de la Revolución Cubana merece un espacio relevante en el texto. Para el autor esta «influyó profundamente en la conciencia de los más audaces. La experiencia demostró que solo a través de la lucha se librarían los más humildes de la opresión» (176). Fue este un período en el que se incrementaron los movimientos revolucionarios protagonizados fundamentalmente por jóvenes, que enfrentaron directamente a los intereses imperialistas y a las oligarquías nacionales dependientes.

Finalmente, la obra pone de relieve los avances de los procesos de integración regional a partir de la segunda mitad del siglo xx. El último capítulo abarca desde la creación de la Federación de las Indias Occidentales (FIO) surgida en 1958 –con un marcado carácter neocolonial– hasta el surgimiento de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC). El autor señala cómo a partir del surgimiento de la Alianza Bolivariana para las Américas (ALBA) en 2004 las propuestas integracionistas muestran nuevos horizontes donde prima la cooperación y la solidaridad. Desde ese momento se trabaja para superar los esquemas tradicionales de integración comercial y se han privilegiado las demandas sociales para potenciar mejor calidad de vida a los pueblos y combatir las inequidades. Para Prieto Rozos esta iniciativa constituye una plataforma de poder, «expresión de la Nueva Izquierda Latinoamericana en ascenso» (208). Del mismo modo apunta que «El surgimiento de una región latinoamericana y caribeña verdaderamente libre y soberana ha sido un complejo proceso ascendente en el que se mezclaron las luchas democráticas con las revolucionarias, junto a los renovados empeños por la integración» (209).

*El Gran Caribe* es una obra de referencia para los estudiosos sobre el tema. Es una síntesis de la historia de la región, que deja poco espacio a la singularidad de cada territorio, pues privilegia el estudio de procesos comunes acontecidos en toda el área. Por otra parte, prevalece el análisis desde la historia política y se relega a un segundo plano el tratamiento de la cultura caribeña. Es un texto complejo escrito con lenguaje académico, pero perfectamente comprensible por cualquier lector.

La novedad y el aporte científico del libro reside precisamente en el tratamiento de una región compleja que presenta elementos comunes y diversos, como un rico mosaico cultural. Es un texto que expone la historia del Caribe desde una visión diferente a la versión hegemónica de las grandes potencias. El autor se enfoca en el devenir colonial, pero fundamentalmente en la resistencia a ese período de dominación. Por otra parte, se muestra la importancia de los actuales proyectos de integración regional como la CELAC, que vinculan el área caribeña con las dinámicas continentales. □

Danna Pascual Méndez (Cuba). Máster y profesora de Historia Universal en la Universidad de La Habana. [danna.pascual@ffh.uh.cu](mailto:danna.pascual@ffh.uh.cu)



### ***Cuba Libre: la utopía secuestrada***

Ernesto Limia Díaz: Ediciones La Luz, Holguín, 2018, 450 pp.

OLGA PORTUONDO

He aquí el esfuerzo extraordinario de un joven con un proyecto que algunos historiadores solo lograron realizar en la época de su absoluta madurez. Y esto es más válido si puede ofrecer una visión totalizadora del devenir de la historia de Cuba, imprescindible en la contemporaneidad entre la generación forjada por los avatares de la Revolución. Quiero decir, si puede transmitir el saber de quien trabaja para su presente y proyecta, de acuerdo con la experiencia del pasado, su futuro.

Recordemos que ya en la Colonia Félix Martín de Arrate escribió un libro titulado *Llave del Nuevo Mundo*, el cual abrió el camino para decirnos de las peculiaridades de la isla de Cuba –aunque miró más que nada a La Habana– respecto al Imperio Ultramarino. También lo pensó Pedro José Guiteras desde Matanzas, en un esfuerzo académico por mantener su *Historia de la isla de Cuba* dentro del asimilismo. Luego, con la misma motivación, le correspondió el turno a don Jacobo de la Pezuela en su

*Historia de la isla de Cuba*, pero, esta vez, su mirada era la de político de liberalismo burgués hispano.

En la República, varios eruditos pretendieron una visión historiográfica general de la historia de Cuba. Es el caso de Emeterio Santovenia y Fernando Portuondo, con propósitos educativo-académicos. Destaca, sin embargo, la *Historia de la nación cubana*, obra realizada de conjunto en un país que autodefinía su personalidad; mientras que Ramiro Guerra lo intentó por sí solo, sin conseguirlo totalmente, en su *Manual de Historia de Cuba* dentro del marco del positivismo.

Durante las dos primeras décadas después del triunfo de la Revolución el joven combatiente y abogado Jorge Ibarra Cuesta, con el apoyo de la Sección de Historia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, a la que pertenecía, escribió una *Historia de Cuba* donde ya podían apreciarse opiniones que trascendían los criterios de la burguesía dependiente.

Tras varios años de labor investigativa, Rolando Rodríguez proporcionó una versión historiográfica del devenir cubano con rica información documental que ha nutrido el acervo de nuestro pasado, desde los inicios de la colonización hasta las épocas más recientes de la lucha insurreccional. También se publicó por Eduardo Torres Cuevas y Oscar Loyola Vega una *Historia de Cuba (1492-1898)*, de amplia divulgación en los medios educativos.

De manera que *Cuba Libre: la utopía secuestrada*, segundo tomo que ya tuvo su primera entrega con el libro *Cuba entre tres imperios. Perla, llave y antemural* (Ediciones Boloña, 2012; Casa Editorial Verde Olivo, 2014), integra esta línea de tratamiento de la historia de la Isla. Ambos casos responden a la pasión de su autor por brindarle una versión historiográfica a la juventud que exprese, por encima de todo, lo que les ha costado a los cubanos su soberanía.

En el presente tomo se tratan los antecedentes del inicio de la confrontación bélica con España en busca de la independencia: desde fines del siglo XVIII, la plantación esclavista, su repercusión social y los protagonistas de una conciencia identitaria en la primera mitad del siglo XIX; posteriormente, las circunstancias en que se desenvuelven los treinta años de guerras por la independencia: acciones militares, héroes, organización militar y civil, etc. Finalmente, la aviesa intervención norteamericana en el conflicto armado con la pretensión de proceder a la anexión, siempre ambicionada. ¿La respuesta? Estaría en el pueblo cubano, ya formada como algo singular en su cultura, su ética y su moral.

Destaca Limia en los intentos por insertar el devenir de la Isla en el contexto mundial y, en particular, respecto a las ambiciones imperiales sobre la Isla. No soslaya las tendencias del anexionismo dentro de esta historia para explicar las circunstancias de su nacimiento. También toma en cuenta los cambios en la economía relacionados con el fomento capitalista en el terreno internacional. Seleccionó lo que creyó trascendental en estos procesos históricos, que es perfectamente válido: siempre habrá de existir la subjetividad interpretativa y el acervo de conocimientos

adquiridos en la exposición histórica personificada. Destaco también el coraje intelectual del autor para definir actitudes de personalidades de las guerras de independencia, cuyas conductas no siempre han quedado claras en otros trabajos de historia escritos en el siglo pasado.

Con pleno derecho, Ernesto Limia ha publicado una tercera edición corregida y ampliada de este texto, de extensa bibliografía e índice onomástico, acogido ahora por la holguinera Ediciones La Luz. Y es importante oír una nueva voz –pletórica de opiniones sobre los temas de nuestra historia–, enriquecida con la consulta profusa de libros, que se impone por el fervor y el ardor con que sanciona la necesidad de vivir para servir a los tiempos que corren en nuestra patria. □

Olga Portuondo (Cuba). Premio Nacional de Ciencias Sociales y Miembro de Número de la Academia de Historia de Cuba, es Historiadora de la Ciudad de Santiago de Cuba. [olgaportuondo1944@gmail.com](mailto:olgaportuondo1944@gmail.com)



### *Tras el rastro de Jaja*

Anthony Kellman: Fondo Editorial Casa de las Américas, La Habana, 2018, 234 pp. Premio Casa de las Américas en la categoría de Literatura Caribeña en Inglés o Creol (2018).

DANIELA RITA FERNÁNDEZ HERNÁNDEZ

La literatura caribeña, principalmente a partir de la segunda mitad del siglo xx, ha tenido el propósito de reescribir la Historia en directa confrontación con el pasado y el discurso oficial, con el fin de exponer los problemas sociales actuales que fueron heredados de un pasado colonial. Se ha buscado recuperar una memoria colectiva y darle voz a los personajes marginados o desplazados. En el caso de Barbados, escritores como George Lamming (1927) y Kamau Brathwaite (1930-2020) son figuras emblemáticas que se inscriben dentro de este proceso.

De más reciente producción artística se encuentra la obra de Anthony Kellman (1955), novelista, poeta y músico barbadense cuya carrera literaria despegó internacionalmente en 1990 con el apoyo del reconocido e influyente escritor martiniqués Édouard Glissant (1928-2011). Kellman se ha interesado en la historia de su isla natal, desde la época de las poblaciones originarias hasta la actualidad. Es justamente esta la temática de *Limestone* (2008), un poema épico sobre Barbados desarrollado a través del entrecruzamiento de hechos históricos y ficción, y escrito con la cadencia propia de la cultura nacional a través del empleo del verso tuk, recreado a partir de la música folclórica tuk. Además, esta obra literaria tiene una

contraparte musical en el álbum del mismo nombre, conformado por canciones del propio autor.

La última creación de Kellman, la novela histórica *Tracing Jaja* (2016), fue galardonada en 2018 por el Premio Casa de las Américas en la categoría de Literatura Caribeña en Inglés o Creol. Con traducción y notas al pie de Samuel Furé Davis, fue llevada al español para el público hispanohablante con el título *Tras el rastro de Jaja*. El texto rescata un pequeño y olvidado episodio de la historia de Barbados: la presencia en la isla, como preso político de la corona británica, del rey africano Jubo Jubogha (1821-1891), conocido por los ingleses como Jaja. A partir de una cuidadosa investigación, detallada en el epílogo, se recrean, a lo largo de treinta capítulos, los últimos meses de vida del rey, de los cuales dos y medio transcurrieron en Barbados. Para conformar la trama fueron consultados el libro *King Jaja of Opobo (1821-1891): His Life and His Times* (1974), del profesor nigeriano Sylvannus Cookey (1934), y artículos de prensa del siglo XIX de Barbados y Tenerife, principalmente.

La novela comienza con el arribo de Jaja a Barbados luego de haber pasado tres años en San Vicente. Este primer capítulo sirve para presentar al lector el origen y la historia de vida del protagonista: su vida en África, su evolución de esclavo a comerciante exitoso, la fundación de su propio reino (Opobo, parte de Nigeria), su relación con los ingleses y su condición de recluso de la reina Victoria. La descripción de lo que había sido su experiencia en San Vicente y su relación con el poder colonial sirven de antesala de lo que será su vida en Barbados. En el segundo capítulo se presenta un personaje esencial: la criada barbadense Becka, descendiente de esclavos traídos de África. En lo adelante se entrecruzan sus destinos y surge una historia de amor que atraviesa la obra y contribuye a la conformación de la dimensión humana del personaje histórico.

Los pasajes que narran la relación entre Jaja y la administración de la isla sirven para hacer un contrapunteo entre la historia «oficial» y la historia «real». En las noticias de los periódicos locales Jaja siempre está marcado por el racismo, es ridiculizado y humillado, sus acciones son exageradas y malinterpretadas y, en el mejor de los casos, es tratado con un marcado paternalismo al ser juzgado inferior. Su condición de rey africano es minimizada. Incluso la muerte de Jaja será manipulada por las fuentes oficiales. Kellman pone al descubierto que los libros de historia mienten sobre las causas del fallecimiento del rey y que, en realidad, el gobierno británico si no lo asesinó, lo mantuvo prisionero y lo dejó morir expuesto lejos de su tierra.

El Barbados colonial que conoce Jaja sirve de espejo para reflejar cómo sería Opobo si los ingleses lograsen apropiarse totalmente de la vida política, económica y cultural del territorio, como ya venían haciendo: «Los británicos destruyen todo lo del hombre negro en África. Incluso nuestros nombres y los nombres de nuestros lugares» (56). La novela aboga por el respeto y la comunicación a favor de la diversidad frente a las relaciones de poder desequilibradas: «Hágase un puente entre los

dos mundos, pero que nunca de ningún modo se pierda el derecho a la cultura tradicional» (89).

La alianza presentada entre tres personajes de extracción diferente –Jaja, Becka y John Cheeks (blanco de raíces escocesas, cuya familia fue expulsada de Europa y llevada por la fuerza a Barbados)– trasciende la oposición blanco-negro y solidariza a ambas razas al compartir el destino común de los abusos de la colonización inglesa. Becka y John se sensibilizan con la situación de Jaja y lo ayudan a escapar para que llegue a su reino. La esperanza del regreso es lo que mantiene en pie al rey en su condición de exiliado, que, al igual que los esclavos traídos a América, hizo la misma travesía forzada, pero en circunstancias diferentes. Esta vez el hombre africano es subyugado no como mano de obra, sino porque representa un peligro para los intereses de Gran Bretaña.

La obra también introduce la desmemoria sufrida por la identidad caribeña de raíz africana: «Jaja era el cuerpo africano que ella, al igual que todos los de su especie, sabía que le pertenecía. La presencia de Jaja la había colmado de un conocimiento racional e inefable; la había dotado de vista y oídos más agudos para encontrar el rastro de su pasado» (135). África se convierte, más que en un espacio concreto geográfico, en un concepto mítico e idealizado: el hogar, el origen, la raíz. El final de la trama narrativa en 1971 con el interés de la bisnieta de Becka y Jaja en sus orígenes arroja una luz de esperanza y memoria sobre hechos silenciados y prácticamente olvidados, pero que forman parte de la conformación de la identidad de una familia y de una nación.

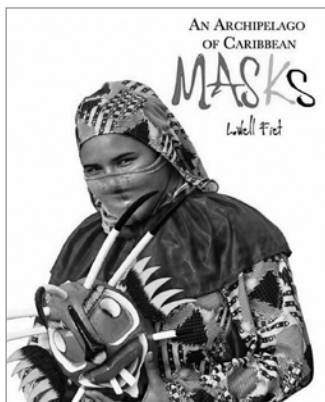
Otro aspecto tratado, intrínseco a la literatura caribeña, es la naturaleza. La fascinación que siente Jaja ante la flora y la fauna resalta la sensibilidad del rey. La naturaleza caribeña se convierte en un puente de reencuentro con África al crear un sentimiento de reconocimiento: «Jaja se había enamorado de las casuarinas, los flamboyanes, los franchipanes, los ricinos, la buganvilia, las ceibas y los baobabs. Las suaves brisas que acariciaban a estas plantas lo transportaban de regreso a Opopo, y los colores carnavalescos del jardín enardecían su espíritu tal como la música de las aves inspiraba sus esperanzas» (96). Se hace especial énfasis en los elementos naturales del paisaje y en las tradiciones locales, tanto de Barbados como de Opopo, como los ritos de hospitalidad, los ritos religiosos y los platos típicos.

La agilidad de la narración, la caracterización y profundidad de sus personajes y la trama permiten mantener fácilmente la atención del lector contemporáneo. Tanto el original en inglés como su traducción al español tienen la intención de reproducir los registros populares, fundamentalmente en voz de los barbadenses negros como Becka. En la versión en español el traductor se apoyó en metaplasmos, como la aféresis, la apócope y la sinalefa, para cumplir con este objetivo. Las notas al pie en la edición de Casa de las Américas enriquecen el proceso de lectura al aclarar vocablos o aspectos culturales e históricos que no son de dominio en un público amplio.



*Tras el rastro de Jaja* permite reflexionar a través de la literatura sobre temas representativos de la región: la colonización y la sociedad colonial, el racismo, el exilio, lo africano en la identidad caribeña, el contrapunteo entre la historia oficial y su ficcionalización y la fuerte relación del sujeto con la naturaleza. □

Daniela Rita Fernández Hernández (Cuba). Editora en la Dirección de Publicaciones Académicas de la Universidad de La Habana. danielarfh94@gmail.com



### ***An Archipelago of Caribbean Masks***

Lowell Fiet: Ian Randle Publishers / Isla Negra Editores, Kingston / San Juan / Santo Domingo, 2019, 96 pp.

VIVIAN MARTÍNEZ TABARES

El volumen *An Archipelago of Caribbean Masks*, del profesor, editor, investigador, crítico, director teatral y mascarero Lowell Fiet (Bangor, Wisconsin, 1948), que vio la luz gracias al empeño conjunto de editores de Jamaica, Puerto Rico y República Dominicana, es el resultado de una sostenida labor en torno a un mundo fascinante, que sintetiza en imágenes, formas y colores facetas del complejo proceso transcultural y multicultural que signa al Caribe, de un lado, y, de otro, el camino personal de un académico devenido artista-investigador.<sup>1</sup>

Este es el tercer volumen publicado por Fiet, luego de *El teatro puertorriqueño reimaginado* (2004)<sup>2</sup> y *Caballeros, vejigantes, locas y viejos: Santiago Apóstol y los performers afro-puertorriqueños* (2007). La saga revela cómo el autor ha ido transitando en su proyección profesional desde la condición de «crítico-historiador de teatro y performance» hacia una creatividad reflexiva, en la cual los campos de investigación e invención, atravesados por la vivencia directa –y los imperativos para adentrarse en el dominio de la fotografía como saber auxiliar pero imprescindible–, se articulan productivamente. Así, *An Archipelago of Caribbean Masks* también debe a muchas fuentes, que Fiet reconoce: los reportes valorativos de varios festivales de máscaras, publicados por él en el suplemento cultural *En Rojo*, del periódico *Claridad*, donde mantiene por más de veinticinco años una columna; otros textos suyos

- 1 Cfr. Jorge Dubatti: «El artista-investigador y la producción de conocimiento territorial desde el teatro: una Filosofía de la Praxis», *Conjunto*, no. 194-195, ene.-jun., 2020, pp. 15-24.
- 2 Presentado por el autor en la Casa de las Américas durante la Temporada de Teatro Latinoamericano y Caribeño Mayo Teatral de ese año.

aparecidos en revistas especializadas como *Caribbean Quartely*, o *ReVista*, *Harvard Review of Latin America*, y el volumen *Festive Devils of the Americas*, así como su asociación con CaribNet, que le facilitó impartir varios talleres, entre otros, y a cuyos responsables agradece en cada caso. Creo que hay que sumar además su prolongada labor como editor fundador de *Sargasso* y su liderazgo del Proyecto Caribe 2000, en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, desde el cual organizó provechosos seminarios multidisciplinarios con expertos del área, de alguno de los cuales yo misma fui parte.

El objeto de estudio de este nuevo libro son las máscaras de performance cultural –y no las que se usan en el arte del performance o el teatro–, creadas para el carnaval y otras fiestas populares tradicionales del Caribe, y confeccionadas muchas veces por los mismos que van a darles vida. El autor parte de la noción de «performance cultural», del antropólogo Milton Singer, e incorpora los aportes de Melville J. Herskovits acerca de la diversidad cultural. Nos presenta el significado y la función de máscaras oriundas de Puerto Rico, República Dominicana, Haití; salta a Panamá, en cuyas máscaras se aprecian ciertos elementos contrastantes, y continúa por las islas anglófonas de Jamaica, Trinidad –donde el carnaval es un gran espectáculo, principalmente de escenarios y grandes maquinarias– y Dominica. Privilegia las máscaras ancestrales, capaces de conectar a los habitantes del Caribe con su pasado ligado a la herencia africana; revela cómo el atributo ritual y festivo nació en el fragor de la resistencia contra el colonizador y representa «el espíritu colectivo» de los antepasados, al cual le brinda asidero. Además, refiere la naturaleza de la celebración de la cual emergió cada máscara.<sup>3</sup>

Pero no crea el lector que el investigador propone un recorrido geográfico por países o regiones. Su archipiélago habla de multiplicidades más allá de lo territorial. Su guía y su pauta para interrelacionar expresiones diversas se estructura a partir de los materiales con los que se construyen las máscaras, algunos de ellos vírgenes y ligados de cerca con antiguas tradiciones, sin excluir otros elementos, sintéticos y de origen comercial, que marcan la cualidad genética de algunas máscaras en la contemporaneidad.

Muy familiarizado con las fiestas de Puerto Rico, donde reside hace más de treinta años, Fiet le da valor especial a la máscara del Vejigante, la cual, junto con el Caballero, los Viejos y la Loca, protagonizan los desfiles en las Fiestas de Santiago Apóstol, que se celebran durante diez días alrededor del 25 de julio en el poblado de Loíza, municipio de la costa noroeste de Puerto Rico y cuna de la raíz cultural afroboricua. La festividad de Santiago Apóstol incluye tres procesiones con tres santos

3 No obstante estar centrado en la cultura afrocaribeña, al privilegiar el sentido de la resistencia cultural, el investigador también indaga en los vínculos de estas máscaras con expresiones de otras partes del mundo, como Canadá o Portugal –donde encuentra rasgos comunes en máscaras precristianas–, o en el País Vasco.

diferentes, y cada una de ellas cuenta con máscaras y personajes característicos. En las fiestas de Ponce, en la costa sur de la isla, el Vejigante, llegado de Saint-Domingue antes de la división de La Española, responde a tipologías diferentes. Convive con otro tipo de máscara, de cartón piedra y tela metálica, nieta de una llegada de España en los años treinta del siglo XIX, y semejante en su factura con las de las fiestas de Paucartambo, en el Cusco, Perú, y con la del judío errante en Jacmel, Haití.

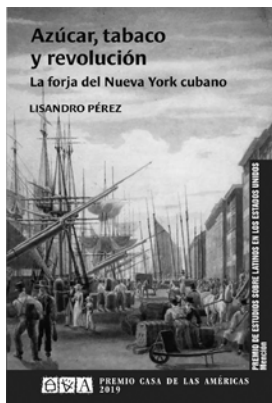
Un peso notable entre las máscaras caribeñas cobran las de papel maché, y el mascarero nos advierte que es precisamente Jacmel, la comuna del sureste haitiano, la capital del papel maché en el Caribe y probablemente en todas las Américas. Este es, a su juicio, el material más universal y por ello le dedica dos capítulos del libro, en los cuales distingue las máscaras de Haití, República Dominicana –San Juan de la Maguana– y Panamá –en Villa de los Santos aparecen los diablos sucios herederos de la tradición cristiana–, de las de Puerto Rico, Trinidad –donde sobresale el Bookman (que se lleva al infierno a la persona de la cual anota su nombre)– y Dominica –donde se combina el papel maché y el cartón en figuras rudimentarias, pero con gran sentido innovador en el intento de recrear tradiciones de origen africano.

Un segmento del libro se ocupa de máscaras creadas predominantemente a partir del maquillaje, con empleo de betún, que en Trinidad traza marcas en la faz del Indio negro; cubre toda la piel del rostro de la Loca del carnaval de Loíza, y en Dominica sirve para caracterizar el Black Maroon. Y se descubren al lector modos de uso de materiales frecuentes: hojas de plátano, sisal –fibra sacada del ágave–, rafia, piel animal, cuernos naturales y hasta cabezas de cabro y cerdo.

Al acervo que recopila, como fruto de su observación participativa en diferentes fiestas, el autor mezcla máscaras nacidas en los distintos talleres, y a unas y otros dedica el capítulo titulado «Fabricación de máscaras en la educación transcultural», en el cual reflexiona sobre una veintena de eventos que él mismo ha impartido en diferentes comunidades caribeñas, y en Norte, Centro y Sudamérica, generalmente con una comparsa como acción final en clímax participativo.

El estudioso saluda, con encomiable perspectiva de género, cómo personajes tradicionalmente encarnados solo por hombres –entre ellos, los cuatro insignes de la fiesta loiceña– son asumidos cada vez más por mujeres. Por eso eligió para la portada una foto de su autoría –como el 95 % de las más de 160 que, a todo color, ilustran el libro, diseñado con elegancia por Iván Figueroa–. Una figura de traje y capucha tricolor –como la bandera boricua– viste esclavina rojo sangre; el rostro femenino, de mirada pícaro, cubre la mitad del rostro con una mascarilla de tela y sostiene ante sí la máscara de un Vejigante. Lowell Fiet asegura que crece la necesidad de expresión cultural a través de las máscaras y su libro despierta gran interés por adentrarnos en su historia. □

Vivian Martínez Tabares (Cuba). Dirige el Departamento de Teatro de la Casa de las Américas, su revista *Conjunto* y la Temporada Mayo Teatral. conjunto@casa.cult.cu; vivianmtmr@yahoo.es



## ***Azúcar, tabaco y revolución. La forja del Nueva York cubano***

Lisandro Pérez: Fondo Editorial Casa de las Américas, La Habana, 2019, 454 pp. Premio de Estudios sobre Latinos en los Estados Unidos del premio Casa de las Américas (2019).

ANA NIRIA ALBO

Los enclaves constituyen objeto de investigaciones de forma sistemática en el campo de los estudios migratorios. Si a eso se suma el creciente interés por levantar la historia de las comunidades migratorias, entonces se tendría algunos de los elementos que tributan al éxito del libro *Azúcar, tabaco y revolución. La forja del Nueva York cubano*, del profesor e investigador Lisandro Pérez, mención en el Premio de Estudios sobre Latinos en los Estados Unidos dentro del certamen literario de la Casa de las Américas, en 2019.

Desde los agradecimientos del volumen es evidente que estamos ante un libro de historia de Cuba, pues el devenir de nuestra isla y su población está consustancialmente enlazado con el de las migraciones. Apoyado en una encomiable labor de búsqueda en archivos y en el cruce de fuentes diversas, el autor rastrea la presencia de población cubana en Estados Unidos antes de 1959 y ubica así a la ciudad de Nueva York en el lugar que merece: a la par de que crecía como ciudad cosmopolita, fue protagonista insustituible de las historias de formación de una comunidad cubana que forjó, desde las orillas del Hudson, una revolución y una fuerte economía azucarera y tabacalera.

Escrito en primera persona, el libro parte además de una motivación personal: una historia familiar en la que Nueva York es determinante y con la cual se siembra una notable conexión entre la ciudad y el autor. Una conexión que se presenta como repetida en varias familias cubanas: el vínculo de Nueva York y La Habana –más bien, Cuba– pertenece a ese devenir social que muchos parecen obviar cuando se trata de la Historia con mayúscula.

Ya a inicios del siglo XIX Nueva York había comenzado a reemplazar a España como ese «otro lugar» en la consciencia cubana; ese lugar, más allá de los estrechos límites de una isla, que enciende la imaginación y se convierte en el destino principal, real o imaginario, para aquellos que buscan, por cualquier motivo, escapar. Nueva York se convirtió en el enclave de referencia para el estilo, las ideas, el progreso, la cultura y el ascenso económico; en resumen, era el espacio donde los horizontes podían expandirse más allá de las posibilidades de una isla tropical (19).

Este libro devela el campo de desarrollo de su autor –la presencia cubana en Estados Unidos– y se levanta sobre presupuestos teóricos de los estudios migratorios desde la teoría transnacional, pues ubica las relaciones entre las dos ciudades

(Nueva York y La Habana) en un esquema de pensamiento sobre los cubanos como actores que vinculan sus sociedades de emisión y destino. Este volumen no se interesa en el desarraigo, sino en la utilización de las redes sociales que implicaron lo comercial, lo político y lo familiar como elementos esenciales de la forja del Nueva York cubano y de los procesos libertarios del siglo XIX en la isla cubana.

La utilización de fuentes le permite a Pérez construir una narración novelada. Los archivos consultados lo llevan a reescribir lo que presuntamente ocurrió; toma nombres de los censos y cruza con otras muchas informaciones. Así lo hace al inicio del capítulo 5, en el que relata lo sucedido cuando J. W. Robertson hace sus labores de empadronador del censo de 1870, que es repetido en 1871, y en el cual tiene la sorpresa de que al entrevistar a José María Mora este le diga que su ocupación es ser refugiado cubano:

Pero cuando ese viernes de 1870 Robertson acudió al vecindario para hacer su trabajo de enumerador, todo había cambiado para los Mora. José María y su hermano Antonio estaban entre aquellos cuyas propiedades y bienes habían sido embargados por las autoridades españolas [...]. José María había vuelto a ser un comerciante e inversionista en Nueva York, pero cuando el entrevistador le preguntó su ocupación, expresó su identidad, no su ocupación, una identidad que ahora lo definía, forjada por la guerra y el destierro: refugiado. (206)

Por otra parte, el libro también pudiera inscribirse en ese subgénero que es la literatura de viajes, el cual va adquiriendo dentro de los estudios cubanos cada vez más recurrencia. El autor lo incluye en sus lecturas sucesivas y se apropia de narraciones y descripciones particulares. Tal es el caso de *La Havane* (1844), *Viaje a La Habana* (1844) y *La Habana* (1981), tres versiones de las impresiones de viaje de María de las Mercedes de Santa Cruz y Montalvo, la condesa de Merlín, que le permiten a Pérez deleitarse con las contradicciones entre costumbre y modernidad que experimentara la autora ante la rapidez de Manhattan. Por supuesto, se trata de mucho más que la enumeración de hechos alrededor de travesías y asentamientos, pues también obtenemos las imágenes y representaciones que impactaron en los personajes. Este libro pone en el centro el valor de la experiencia; de ahí la utilización de tales libros de viajeros y de cartas –material etnográfico–, donde emerge la comunidad cubana en Nueva York como un cuerpo social relevante.

Este libro pertenece a la microhistoria: disloca el gran relato del devenir de Cuba, cuestionando contenidos importantes, perspectivas y lenguajes –por ejemplo, la idea de la uniformidad del movimiento anexionista–. En el texto se indaga acerca de las familias cubanas que emigraron a Nueva York y, aunque pudiera parecer que hay un desequilibrio entre las clases sociales representadas, si se hace una lectura justa se comprenderá que, en el período estudiado, migrar casi siempre fue una opción para aquellos cubanos para los que el capital económico no constituyó un

problema. Pocos fueron los que, siendo pobres, pudieron sacudirse del yugo español y llegar a la Gran Manzana. Lisandro Pérez se basa en la intersección de clase y raza cuando explica cómo la construcción de la imagen del cubano de ese entonces se correspondía con la de hacendados y comerciantes blancos ricos; a tal punto que, para los neoyorquinos de entonces, sobre todo de antes de 1850 –momento en que la heterogeneidad de la población cubana en el territorio del norte aumentó considerablemente–, era impensable el concepto de un cubano negro. Este esclarecimiento se logra de forma muy acertada al final del capítulo 6, cuando se explica que ante la firma del Pacto del Zanjón muchos de los que se beneficiaban con la concesión de amnistías regresaron a la isla de Cuba con la esperanza de recuperar sus bienes; sin embargo, para los obreros, exesclavos, tabacaleros, domésticos e incluso profesionales e inversionistas la ciudad de Nueva York significó una mejora en las condiciones de vida y en las oportunidades que la colonia española no podría ni quería ofrecerles.

El capítulo 4, correspondiente al inicio de las guerras de liberación, es sin dudas uno de los que más interesará al público cubano, pues logra integrar, desde esa ya explicada microhistoria –a través del recuento de las familias que se vincularon al éxodo–, notables sucesos y personajes de nuestra macrohistoria, como la deportación masiva a bordo del *San Francisco de Borja* el 21 de marzo de 1869, firmada por el propio Capitán General de la Isla, Domingo Dulce; o como las considerables diferencias entre las condiciones económicas de las elites orientales y las occidentales que se encontraban exiliadas en el territorio neoyorquino, lo cual no hace más que mostrar otra cara de las razones del estallido de la guerra de independencia en el oriente del país y la casi nula incorporación del occidente. Esta última explicación la obtenemos a través de otra de las herramientas más utilizadas por el autor en el cruce de fuentes, como ya se ha visto: las historias familiares, en este caso las de las familias Simoni y Agramonte, de Camagüey.

La guerra fue, al igual que la manufactura del tabaco, elemento acelerador del crecimiento poblacional de cubanos en Nueva York. Pérez señala:

Las revueltas políticas que obligan a las personas a abandonar sus países, usualmente producen flujos migratorios con un número bastante grande de familias, en comparación con las migraciones laborales, que generalmente consisten casi exclusivamente en hombres solos. [...] Pero la guerra no era la única responsable del rápido crecimiento de la población cubana en Nueva York. Durante la década de 1860, estaba en pleno apogeo la tendencia que había comenzado en la década anterior, descrita en el capítulo 3: Nueva York como un centro para la manufactura de tabacos hechos con hojas Clear Havana. (222)

Precisamente la guerra pudiera ser la otra protagonista de este libro. No aquella que recitamos de memoria en nuestras escuelas, sino la que repercutió en la otra isla, en

Manhattan, y que tuvo, según Pérez, no pocas acciones de apoyo entre la comunidad que crecía y otros que no pertenecían a ella, como el alcalde Oakey Hall, durante el primer año de la misma.

Especial lectura merece el capítulo 8, «José Martí, neoyorquino». Nuevamente aquí Lisandro Pérez echa mano de su singular manera de escribir la historia y enamora al lector con pasajes de la vida adulta de Martí –a partir del 3 de enero de 1880–, que van desde la edificación de la eticidad revolucionaria que se concretaría con la Guerra Necesaria hasta las desoladoras incomprensiones de su vida personal. Al concluir el capítulo con esa lectura sucesiva que supone el recibimiento de la última carta a Carmen Mantilla, justo el día en que Martí «fue alcanzado por una ráfaga mortal de balas españolas» (406), y la creación de la estatua que inmortaliza ese momento en el Parque Central, se ha transitado por un personaje que es parte indisoluble del activismo emigrado de Nueva York, el cual no puede ser ignorado. Un activismo que el libro evidencia como resultado no solo de la inquebrantable misión martiana trazada desde aquel muy anterior momento del poema dramático *Abdala*, sino que también se debe a la forja de una comunidad cubana cuya identidad se fortaleció a través de la conspiración y de la lucha contra la colonia española. □

Ana Niria Albo (Cuba). Máster en Sociología, trabaja en el Programa de Estudios sobre Latinos en los Estados Unidos de la Casa de las Américas. [latinos@casa.cult.cu](mailto:latinos@casa.cult.cu); [anaalbodiaz@gmail.com](mailto:anaalbodiaz@gmail.com)



### ***Dioniso en las Antillas***

Elina Miranda Cancela: Editorial UH,  
La Habana, 2019, 224 pp.

### ***La isla que se repite***

Antonio Benítez Rojo: Editorial UH,  
La Habana, 2019, 460 pp.

HAYDÉE ARANGO MILIÁN

A pesar de las dificultades materiales que limitan la industria editorial cubana, autores y tópicos de la región caribeña han ido conquistando cada vez más diversos espacios (aunque es justo reconocer que el Caribe todavía existe de manera insuficiente en nuestras ediciones, sobre todo si exigimos determinados criterios de actualidad, diversidad o fortuna crítica). Más allá del sostenido esfuerzo del Fondo Editorial de Casa de las Américas, cuyo catálogo indiscutiblemente lidera esta

tendencia desde hace muchos años, los interesados en el Caribe hoy también pueden encontrar valiosos volúmenes en sellos nacionales como Arte y Literatura, Editorial de Ciencias Sociales, Editorial Universitaria Félix Varela, Editorial José Martí, Ediciones Vigía, Editorial Oriente, Editorial Caminos, Fundación Fernando Ortiz, CEDEM y otros de muy diversa misión y alcance. A esta estela se ha sumado igualmente la Editorial UH, de la Universidad de La Habana, que en su década de existencia ha publicado títulos como *Islas del Caribe: naturaleza-arte-sociedad*, de Yolanda Wood; *Plantación azucarera, esclavitud y cimarronaje en Jamaica (1660-1775)*, de Silvia Santamaría Martínez; *El Gran Caribe*, de Alberto Prieto Rozos; *Dioniso en las Antillas* de Elina Miranda Cancela; y *La isla que se repite*, de Antonio Benítez Rojo, los dos últimos del año 2019.

El volumen de Elina Miranda Cancela, profesora emérita de la Universidad de La Habana, resulta una ampliación de *Calzar el coturno americano*, publicado por Tablas Alarcos en 2006 y con el que la autora recibió el Premio de Teatrología Rine Leal en 2005. Si en aquel el estudio se concentraba en la presencia que ha tenido el mito y la tragedia clásica en el teatro cubano, esta vez se extiende al área del Caribe hispano, es decir, a las tablas de Puerto Rico, República Dominicana y nuevamente de Cuba. Así, a los referentes que ya estaban en el libro anterior – como Virgilio Piñera, Abelardo Estorino, Antón Arrufat o José Triana, por ejemplo –, se unen nuevos del patio como Reinaldo Montero, Norge Espinosa o José Milián, junto a más jóvenes dramaturgos como Maikel Rodríguez y Yerandy Fleites. De Puerto Rico y Dominicana se suman esta vez Pedro Henríquez Ureña, Franklin Domínguez, Luis Rafael Sánchez, Carlos Acevedo, Héctor Incháustegui Cabral, Roberto Ramos-Perea, Teresa Marichal y otros. Con ese entramado, enriquecido con algunos textos de apoyatura crítica y teórica, la autora se propone «indagar sobre la presencia, la significación y las especificidades que el mito y los cánones trágicos han asumido en la dramaturgia latinoamericana, a veces tan desconocida o marginada» (25); así como revisar «cómo han servido o han sido tomados explícitamente por los dramaturgos del área –sobre la base de piezas estrenadas o publicadas en sus respectivos países–, cómo han dialogado, y cuáles han sido los propósitos y los momentos específicos, o si comparten inquietudes y modos de incidencia» (27).

La autora se interroga por el fin de los mitos y reflexiona sobre aquellas posturas críticas que desestimaban la dramaturgia de esta zona geográfica, a la luz de la vitalidad y la heterogeneidad que la inspiración clásica ha tenido en el teatro de la región, hasta la actualidad. Como se ha planteado por varios especialistas, los mitos han sido un recurso constante de validación y han servido para repensarnos y redefinirnos una y otra vez. Su amplia incorporación en el teatro contemporáneo caribeño podría explicarse por estas y otras razones que Miranda Cancela expone en su libro y que nos acercan a otros temas como el poder, la familia, el exilio, las migraciones o la marginalidad.



Por otro lado, este libro enriquece una línea dentro de las investigaciones cubanas sobre la literatura del Caribe, que se preocupa por encontrar los enlaces de la cultura nacional con la caribeña, siempre bajo esa premisa de que, a pesar de nuestra condición insular, de nuestra aparente lejanía y de nuestra increíble diversidad, existen profundos vínculos –unos más evidentes que otros– que nos hacen participar a todos de una misma cultura. Así lo han defendido ensayistas como Margarita Mateo Palmer, Emilio Jorge Rodríguez o el propio Antonio Benítez Rojo (La Habana, 1931-Amherst, 2005), cuya obra ha sido fundamental para pensar la región caribeña desde perspectivas contemporáneas e integradoras.

*La isla que se repite*, de Benítez Rojo, publicada originalmente en 1989 –y luego transformada en sucesivas reediciones–, aparece ahora por primera vez en la Isla para saldar así una deuda impostergable con la cultura cubana y con uno de sus escritores más interesantes y reconocidos a nivel internacional. En la introducción del libro el autor explica que la isla repetida es una metáfora de identidad regional, no sujeta a una cartografía específica o estable. Y con ese punto de partida se van enlazando en el volumen una serie de ensayos –que en su mayoría ya el autor había publicado durante los años ochenta y noventa en revistas de Cuba, Latinoamérica, Estados Unidos y Europa– profusamente documentados, donde se integran creativamente la crítica literaria, la teoría, la historiografía y las artes de la fabulación.

En sus análisis el autor se interesa por la obra de Fernando Ortiz, Bartolomé de las Casas, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez, Wilson Harris, Derek Walcott, Edgardo Rodríguez Juliá, Fanny Buitrago y otros, a los que aborda desde coordinadas propuestas por teóricos Jacques Derrida, Roland Barthes, Jean-François Lyotard, Mijaíl Bajtín, Gilles Deleuze y Félix Guattari. Asimismo, se realiza un diálogo crítico con la obra de otros caribeñistas como Eric Williams, Sidney W. Mintz, Richard Price y C. L. R. James; a la vez que se integran, implícita o explícitamente, otros referentes contemporáneos con los que Benítez Rojo estrechó vínculos profesionales en Estados Unidos, como Doris Sommer, Frank Moya Pons, Ángel Quintero Rivera y Roberto González Echevarría.

La importancia de este volumen para los estudios caribeños es indiscutible, a pesar de sus críticos menos entusiastas; por otro lado, también se trata de un libro fundamental para repensar el canon literario cubano. Por todo ello, y por muchas otras razones imposibles de desarrollar aquí, se trata de un clásico del pensamiento de nuestra región que, finalmente, podemos tener en nuestras manos para incorporar de manera más natural y amplia a nuestras lecturas, a nuestra docencia y a nuestras investigaciones.

Haydée Arango Milián (Cuba). Doctora en Ciencias Literarias por la Universidad de La Habana, donde es profesora, editora y subdirectora de la Dirección de Publicaciones Académicas.

haydee@fayl.uh.cu